

Algo anda mal en el Reino de Dinamarca

Durante la II Cumbre de Presidentes realizada en Chile, los organismos financieros internacionales planteaban como un modelo exitoso de crecimiento económico y de apertura democrática la realidad chilena. Sin embargo, la distribución del Informe Chileno sobre Desarrollo Humano 1998 produjo, primero en los equipos de asesores y posteriormente en los propios Presidentes, lo que pudiéramos identificar como un terremoto.

Si bien el 53% por ciento reconoce un crecimiento económico, el 82% siente que no se vive más feliz. Los vínculos sociales se han resquebrajado, las relaciones se restringen cada vez más a la familia o los amigos íntimos, y el interés por lo público es algo diluido o amenazante. Gran parte de este debilitamiento de los vínculos sociales se potencializa en el poco reconocimiento y representación de las instituciones públicas. La gente no piensa que puede cambiar la realidad, sino que se retrae y se desvincula de ella, y busca la "seguridad por desconexión". La percepción de que los sistemas de salud y de previsión no funcionan expresa la desconfianza e inseguridad frente al futuro y, por otra parte, la visión excesivamente economicista puede haber descuidado la trama de la vida cotidiana. Y en cuanto a la familia, se discute, como rasgo de inseguridad creciente, la pesada carga de la modernización sobre las mujeres. El informe sugiere un "serio deterioro de la sociabilidad, manifestado por la desconfianza, asociaciones y vínculos precarios, descomposición de las identidades colectivas tradicionales e incluso un cierto debilitamiento de la cohesión intergeneracional en la familia".

El malestar expresado obliga a serias reflexiones sobre el capital social y la posibilidad de convivencia democrática. Aunque ha habido crecimiento, las bre-

chas sociales se profundizan. Varios presidentes, entre ellos Fernando H. Cardozo, interrogaban a los organismos multilaterales si, con la realidad que estaban observando, tenían que seguir un modelo "exitoso" en crear pobreza y donde los beneficiarios del mismo están descontentos y poco adheridos a la democracia. Esto nos lleva a la convocatoria del Papa Juan Pablo II a los presidentes del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo, a quienes les exigió reflexión y responsabilidad con la pobreza creciente y la expansión de la violencia que él veía como consecuencia de las políticas de ajuste exigidas.

La respuesta, hasta ahora, ha sido actuar sobre los síntomas, como equipar y mejorar los cuerpos de seguridad, y no sobre las causas. A raíz de estos cuestionamientos, el BID está facilitando un crédito a Colombia de 50 millones de dólares, a Uruguay de 20 millones de dólares, para estudiar e intervenir en la violencia, y en Venezuela se estudia el aporte de 20 millones. La complejidad de las relaciones sociales va más allá de atacar síntomas, y sobre todo después de observar que los procesos de modernización requieren construirse con la realidad cotidiana de la gente y no sólo para la gente o para los mercados económicos.

Desde Mérida se convoca a la VIDA

Estos tiempos de difícil movilización, en donde cada día nos encerramos en nuestros propios problemas, la Pastoral Social y Fundacite de Mérida convocan a una vigilia por los enfermos del SIDA, con amplio sentido ecuménico. Es importante destacar que Mérida toma conciencia de la realidad Venezolana, en donde se estima en quinientos mil personas afectadas, hay carencia de recursos y la atención de un sólo paciente cuesta miles

de dólares. Mérida ocupa el tercer lugar en cuanto enfermos en el país.

Mons. Baltazar Porras resaltó el papel de los medios de comunicación sobre los valores hacia los jóvenes y el nuevo concepto de vivir no siempre apegado a la responsabilidad sobre las consecuencias de nuestros actos. Esto indudablemente complica y fomenta la presencia de este flagelo. Por otra parte El Pastor Moros Ruano, de la Iglesia Presbiteriana, valientemente pidió perdón por tantos años de silencio y una actitud temerosa que la Iglesia ha tenido al respecto. El Rabino I. Blickstein, de la Unión Israelita de Caracas, expresó la similitud entre los enfermos de lepra y ahora el Sida como el rechazo a la solidaridad. Las organizaciones cristianas Resurrexit, iniciativa católica, luterana y presbiteriana, motivaron con las experiencias de los grupos voluntarios en la atención médica, psicológica y social. La Universidad de los Andes, los colegios profesionales, el Ministerio de Sanidad y la Corporación de Salud de Mérida informaron ampliamente sobre la realidad del flagelo y las limitaciones de atención, planteando el cambio de mentalidad necesario y la movilización de las comunidades. El encuentro se apoyó en los grupos culturales de la ciudad y, tanto la Cantoría Infantil como los grupos de rock, acompañaron la vigilia hasta las primeras horas del nuevo día.

Es interesante cómo se empieza a debatir este polémico tema y se hace ya un esfuerzo por limar diferencias e integrar posiciones. Es así como se suscribió un documento de compromiso por construir un frente común de solidaridad y acción, reconociendo la gravedad y complejidad del problema.

En Caracas, una semana después, se realizó una vigilia promovida por las organizaciones no gubernamentales comprometidas en la lucha del SIDA y Resurrexit, con amplia convocatoria de grupos de jóvenes, entre ellos los ángeles patinadores y organizaciones musicales

que apoyaron los testimonios de quienes trabajan o sufren este síndrome. En pocos años, este flagelo mundial ha obligado a la movilización internacional. Las iglesias son un pilar para el reconocimiento de la dramática realidad que se agudiza ante la falta de solidaridad y la pobreza, y se abocan con los crecientes grupos de voluntarios, en su mayoría jóvenes, a concientizar y defender los derechos humanos de los enfermos de SIDA. Caracas se une a Mérida para solicitar recursos y, sobre todo, un Programa de Prevención en las generaciones jóvenes, que son las más afectadas por falta de información, de orientación y de servicios. Ha sido especialmente duro constatar, mediante testimonios, el creciente número de niños con SIDA o huérfanos porque sus madres mueren de este flagelo.

La Comisión Interamericana: esperanza de justicia en el 27-F

Una presencia inusual llegó a las puertas del Ateneo de Caracas, el pasado 8 de mayo. Familiares de las víctimas de los sucesos de febrero y marzo de 1989, agrupados en COFAVIC, se presentaron al finalizar la rueda de prensa de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA -que estuvo en Venezuela esa semana de mayo-, vestidos de luto y portando las fotos de sus seres queridos a tamaño natural, colocadas en el lugar de sus propios rostros. Con los cuerpos vivos de sus madres, hermanas, esposas y padres; los ojos de los que ahora están muertos, vigilaban a los transeúntes.

"Los muertos del 27 de febrero salieron", comentó alguno de los periodistas presentes. Fue un acto valiente, lleno de tristeza, sobrio y silencioso. Recordó el dolor y el sufrimiento de estas personas, tras nueve años sin justicia, y la necesidad de tener una respuesta.

Con una pancarta en la que se podía leer

"La Comisión, nuestra última esperanza", pidieron a los comisionados que nos visitaban que el caso 11.455 "Aguilera la Rosa y otros" sea remitido a la Corte Interamericana de Derechos Humanos de la OEA. El mismo reúne 45 casos de víctimas de violaciones de derechos humanos ocurridas durante los sucesos de febrero y marzo de 1989, los cuales aún permanecen en etapa sumarial desde entonces. De estas personas, 22 fueron asesinadas, 4 desaparecidas, 15 ejecutadas, pero sus cadáveres nunca aparecieron, y 4 personas sufren incapacitación de carácter permanente por disparos indiscriminados. El caso se encuentra ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA desde marzo de 1995 alegando retardo injustificado.

Los familiares confían en el Sistema Interamericano de Protección de los Derechos Humanos, y por ello acudieron esperanzados ante los comisionados que nos visitaron. Llevaron sus fotos e hicieron un acto de presencia inusual, sin decir palabra o proferir un grito. La foto recorrió el mundo y fue primera plana de los diarios más importantes del país. Los muertos, como a alguien se le ocurrió comentar, salieron a pedir justicia y ojalá, hayan sido escuchados.

Un obispo se suicida por la libertad religiosa

Una noticia insólita, proveniente de Pakistán, desconcertó a los lectores en la primera semana de mayo: "el obispo católico de Faisalabad, Mons. John Joseph, se ha quitado la vida en protesta contra la violación sistemática de los derechos humanos en su país". Sin duda que el suicidio por una depresión o locura momentánea de un Monseñor hubiera causado sorpresa, pero no tanta como para que se convirtiera en un acontecimiento de interés internacional. Por otra parte, la

prensa en algunos casos ha sido poco explícita, pues simplemente ha comentado que el obispo se suicidó en protesta por la ejecución de un católico encontrado culpable de blasfemia por la ley islámica. El trasfondo de los hechos ha sido el siguiente: Mons. John Joseph, como Presidente de la Conferencia Episcopal Pakistaní para la defensa de los derechos humanos, estaba comprometido activamente en la protesta contra los abusos perpetrados en nombre de la ley nacional que castiga con la muerte cualquier insulto contra la religión islámica. Según revela el Arzobispo pakistaní de Karachi, Mons. Simeon Anthony Pereira, el dramático gesto del prelado quiso ser una forma de protesta ante la sentencia de muerte pronunciada contra un joven cristiano de su diócesis, condenado por blasfemia contra el Islam, por tener un libro de Salman Rushdie. Efectivamente, el 6 de mayo por la tarde, el obispo Joseph se dirigió al tribunal acompañado por su chofer y un sacerdote. Una vez dictada la sentencia de muerte contra el muchacho, y al salir del tribunal, pidió que le dejaran sólo para rezar en privado, momento que aprovechó para dispararse con una pistola que había comenzado a llevar tras recibir amenazas de muerte. En los últimos días, había realizado una huelga de hambre, y según Mons.

Pereira, se hallaba en una trágica depresión, pues no había encontrado a nadie que le ayudara a defender al condenado a muerte. El recuerdo de las inmolaciones ante la invasión de Checoslovaquia y la guerra de Viet-Nam, en décadas pasadas, vuelve ahora cuando un cristiano como John Joseph se enfrenta a un fundamentalismo islámico, intransigente y sanguinario.

